

ORLANDO ANDRADE  
La diáspora (2984)

[novela de aventuras en el bosque]

*bokeh* \*

© Orlando Andrade, 2015

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2015

© Bokeh, 2015

ISBN: 978-94-91515-16-3

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LA CIUDAD.....	II
EL RASCACIELOS PENITENCIARIO.....	107
EL MURO Y LA CASA DEL FUNCIONARIO.....	237
EL RASCACIELOS O.....	317
LA PLAZA .....	359

*a Oilda Leandro,  
por el café de todas las noches*

Hermano no tengas temor  
si detrás viene Faraón...

del *Himno de Victoria*

La ciudad

## FARAÓN

Rascacielos perdidos en medio del otoño y de un miércoles a pleno crepúsculo en las avenidas del puerto: mitad sombra y luz, todo el día muriendo ahora a través de una parábola celeste sobre los frontispicios del norte de la ciudad cuando octubre, tiempo de las caídas estrepitosas. Octubre, andrógino, más que una persona de pie entre el escenario y las lunetas. Octubre y los rascacielos, ambos insoportables con sus latones de basura como puntos suspensivos, en caso de ser un novelista enorme el que hubiera descrito toda la basura de la ciudad colocando desmedidamente unos y otros al descuido incesante; pero los rascacielos en primer lugar, la antigua y gran obra, después todo elemento que quisiera adherirse a la perfección del horizonte: los carteles, las luces de neón, las olas en porfía contra la muralla del puerto. Porfía en sí la de los rascacielos durante esa temporada, ansia de retirarse la camisa de andamios de las restauraciones, no el salitre, no volver a la pintura para rematar los pisos, ¡no!; porfía esa de perseguir el desplome. Malditos los rascacielos y, a propósito, también los derrumbes, la epidemia de los ladrillos en picada, la lluvia del vértigo apuntalado y la cristalería, los ventanales traídos poco a poco al bostezo eterno y a la representación, en su disciplina vertical, de las suertes de la época. Y por si fuera poco la accidentalidad de los coches, aunque ridículos, desplazándose sin tocar el suelo, aunque el asfalto, dibujado bajo las sombras móviles, cumplía la función simultánea del placebo y el alquitrán. Y la escolta allá abajo en nervios silentes, de un lado a otro, sumergida en la sempiterna tarea dentro

de sus trajes oscuros: rondas, perfiles, cuchicheos, rifles compuestos, descompuestos y vueltos a componer, precauciones que bien podían costar cada una de sus vidas de peones con botas del censo castrense. Y los semáforos en rojo. Y una brigada a lo lejos organizando filas, marchando, desanimando, desentonando a veces el «firmmm-es» y el «en su lugarr, descannn-sen». Y el zigzaguo, mejor decir solitario, de algún funcionario que maniobra a duras penas, tránsito entristecido de todas formas. Y el vendedor de los establecimientos en cierre con el moribundo sol por delante, contra el muro. Y otra vez el muro, más alto que nunca, más equilibrado y vertical, más recio que nunca en la creación de sombras en plena adultez, fe ciega en la adultez de cada negrura que funda el muro del límite sin más de diez transeúntes a su custodia. Y el estandarte encaramado encima, glorioso entre la avenida del puerto y el mar, circunstancia relativa esta última, motivo de tentación para los habitantes. Y al otro lado *Eso y Ese*, el mar y aquella criatura que flotaba sobre las aguas de la bahía en un bote con farolito. Y por si fuera poco octubre, moviéndose en los ojos como un muchacho, pero los rascacielos.

Faraón dejó caer la tela y Guardia Personal acercó una poltrona a sus espaldas. Los miles de puntos del horizonte que podía percibir escaparon de sus ojos tras el vaivén de la cortina en el último piso del rascacielos.

«Justo esa frase», acabó alarmando.

¿Por qué ese hombre allí? ¿Por qué ese bote? ¿Quién lo habría enviado con tanta prisa y personalidad como para que él, Faraón, se equipase hasta los dientes a fin de comprenderlo? Desde la llegada del bote durante la pleamar, entre bamboleos y olas, dejando sobre las aguas el mismo rastro de un caracol sobre la piedra, bordeando arrecifes en la boca de la bahía de acuerdo con los informes oficiales de hace once meses, había sentido un sabor a tierra salada –de cualquier manera a tierra–, un olor a mar y una cefalea tenue, como la que anunciaba el origen de las grandes confrontaciones. Y sobre todo lo que decía ese hombre, aquella frase que mencionaba sedición, liberación o muerte, según se la escuchara y según la entendiera

Faraón. Por eso el muro, primera medida, y también los carteles, los noticieros, los desfiles, las prohibiciones de acercarse al terrible grito que no sabía aún a ciencia cierta hacia dónde apuntaba, como una lluvia de flechas al cielo.

Guardia Personal, por su parte, se movió nerviosamente a espaldas suyas sin comprender los términos, sin saber si inclinarse por pregunta o por respuesta, o si en todo caso la frase había sido dirigida a ellos y no a sí mismo. ¿Qué había dicho? No sabían si eran las siglas de una clave secreta, la petición de una píldora forzosa o la solicitud de control sobre los mecanismos del tejado. Cada uno de ellos lo había sufrido con esmero en el largo proceso de resistir la defensa de un ser a toda costa, en lucha perenne contra los enormes afanes que desde fuera, no desde dentro, casi no, se proyectaban hacia él con un poder sísmico. En cambio, en esta oportunidad finisecular, cualquier preocupación era insuficiente. Había en las habitaciones, las calles, los discursos, los autos y hasta en los mismísimos rascacielos por donde perseguían las ansias de Faraón, un ambiente de finales, un hedor a desplome que solo las narices de la mejor guardia personal del mundo podía detectar, premonición de alguno y de todos, inasible de cualquier manera. Pero lo olían. Ellos lo olían. Sus olfatos estaban entrenados para olerlo y ahora veían aparecer además el mal augurio en el perfil más importante de cuantos conocían, el perfil del hombre a cuya sombra habían nacido y de cuyas manos habían bebido leche de vaca, el Faraón de toda esta ciudad y de otras, luz de aquellas tierras y de otras. Los de arriba y los de abajo, soldados de lujo en medio de la guerra pacífica de esperar puñales a deshora, habían sido testigos del surgimiento de preocupaciones verdaderas, por progresivas, en la voz de Faraón, la Estrella de la Mañana y la Noche.

¿Enfrentarse, acaso, al insecto de la bahía?

Guardia Personal quedó inmóvil en la sala del último piso. La inmovilidad consistía a tales alturas en percibir la silueta de Faraón metido en poltrona, irradiando ideas e imaginando mar, bote y criatura a través de la tela de los cortinales.

«El bicho de la bahía», ahora sí lo escucharon, lo vieron incluso indicar a la nada y se levantaron por turnos con la frase. Esta vez el despliegue de Guardia Personal se produjo en dirección a un vaso y unas píldoras, coincidiendo con las campanadas de un invisible reloj de pared. La cortina se descorrió nuevamente y la imagen, no ya la idea, del sol cayendo por detrás del muro, metiendo sus rayos casi a través y por encima, como una corona de luces para significar crepúsculo, apabulló al mismo tiempo a los diez individuos de la escolta. Faraón los sorprendió entonces con la disciplina de estirar una mano, tomar la tableta y rumiarla para sí dejando los ojos perennes. Sin quitar la vista del agua de la bahía, ponchó después el mecanismo que hizo elevar su cuerpo. El techo se abrió en dos mitades y un telescopio se vino a suspender en sus narices. A medida que acertaba a enfocar, fue definiendo lentamente el bote en la intemperie lejana. «Oigan», farfulló.

Y ellos, sin embargo, miraron.

«Miren», dijo.

Y ellos, sin embargo, oyeron.

Al otro lado del lente resonaba la voz del hombrecillo. Faraón apretó el teclado de la derecha y la voz recogida por micrófonos estridentes le destrozó la sien como una tortura. Pidió a los hombres la inclinación de cada tarde y aquella mirada de relevos que solía acabar en calificativos penosos. «Es una rata», dijo Faraón y la voz de la criatura, amplificadas para la escena y los presentes, resonó hasta interrumpirlo. «Ya sé que es un roedor, pero». Se intercambiaron órdenes silenciosas y luego los rostros de la inseguridad se movieron en busca de la exactitud. Por último y por fin, los calificativos. «Culebra», dijo Capitán de la Guardia para romper el hielo. «Especie». «Mosca». «Hormiga». «Gusano». «Babosa». «Murciélagos». «Sin rostro». «Sin nada». «Misántropo». Faraón los hizo callar antes que comenzara una nueva ronda de insultos y se asomó a la boca del telescopio para mirar personalmente. Los movimientos del indócil y la voz que llegaba un segundo después a la sala lo hicieron admirarse en lo sucesivo cuando unía ambas cosas en su cabeza y ante el tubo.

«Nada de eso y todo», susurró. La brisa de mar que se colaba por las tapas abiertas del techo levantó la tos en acordes crecientes y algunas gotas de saliva real fueron a dormir en los cabellos de su escolta. Prestándose atención a sí mismo, dejó caer la mano hacia otros botones, el techo se elevó para irse juntando, su poltrona descendió y el telescopio se hizo una cuarta de metal. La brisa se descompuso; la tos, entre otras cosas que tuvieron el mismo comportamiento, amainó hasta desaparecer. Cuando el último piso del rascacielos rojo hubo alcanzado la impermeabilidad, las paredes comenzaron a brillar hasta encenderse en pantallas de cine que reflejaban el rostro del indócil, quien se movía en ellas a tamaño natural sobre un bote de farolito en proa.

«Véanlo allí», dijo Faraón mientras intentaba arrancar magnánimamente ciertos vegetales comestibles a la porcelana. «Aquello... ese... eso...». Sería mejor evitar las dudas. Aclaró su voz. «El tal Moisés que aquí se nos revela», sostuvo.

## GRIÉTSIYA

Griétsiya, mujer dúctil, cruzó por delante del recipiente oscuro que contenía jeringas ocreas y se encajó todo el dinero en los zapatos siguiendo una secuencia de movimientos escrupulosos. Metida en su uniforme de cofia lechosa, con solapa cubierta por prendedores que aludían a Faraón, estilográfica de adorno, pantimedias cabales y entallado cruel, se disponía a superar los obstáculos que pudieran presentarse camino a la avenida del puerto, casi al límite del muro, ejercitar allí la carrera de costumbre y meterse con cierta distinción en su agujero unas cuatro cuerdas más al sur. Saludó a tres pacientes antes de salir, pero no se detuvo en ninguno con demasiado interés, al fin y al cabo eran pacientes, y ella, al fin y al cabo, era lo contrario. Se parecía por entonces a las actrices antiguas que se habían movido por el circuito metropolitano con el pelo ondulado, con el innegable encanto que alimentó por décadas la mitología urbana. Y en esas

condiciones descendió también los peldaños, impaciente, siempre contoneándose contra las paredes que encerraban su largo descenso.

Afuera, como un suplicio, era el crepúsculo. La lluvia había sido en septiembre tan pertinaz como ahora y los rascacielos volvían a funcionar en medio del todo de una ciudad habitada en parte. Caminó de prisa con las manos en los bolsillos del uniforme, el cuello elevado, la confianza puesta en sus apetitos y algunas palabras goteándole a ratos de las comisuras como baba de loco. Hablándose a sí misma, costumbre por exclusión, descendió la rampa mareada todavía a causa de las horas de trabajo. «Esta no es la muerte, pero tampoco la vida», iba diciendo, «no sé qué será, ¿cómo saber?, ¿quién sabe?, no sé... no llegaré nunca a tener conciencia de quién sabe. Creo que robé las jeringas para sentir algo que no he sentido o para cubrir un hueco que no he descubierto todavía. Un momento, estaba cansada de la neutralidad, ¡cansada!, mientras metía la mano en el recipiente oscuro tuve la impresión de necesitar dinero, creo que era para comprar zapatos, un paso más y quiebro el tacón, las suelas se separan poco a poco de mi pie, mi economía está a ras de tierra, ¿será posible vender las jeringas? Pero, ¿a quién? ¡Cansada! Primero cometo un delito y después pienso para qué y todavía no llego a saber cómo, etcétera. ¡Muy cansada!».

El clima la hizo apresurarse más aún. El sol ya no era. El crepúsculo menos. La urgencia sí, además, padecía un horrible estrés que involucraba una horrible sucesión de dolores de estómago. «Pueden decirme que la vida es esto o aquello, pero debo vender o canjear las jeringas sin que nadie lo note, esto parte de un pulso espiritual pobremente inspirado y siempre abatido por una constante necesidad de objetos, al extremo de convertirse en un ciclo contra mí misma», se reprochó, «¿qué diré si descubren que transporto materiales bajo la ropa interior? Nada. No diré nada. La honestidad puede estar ahí, en un tacho de basura, pero yo viro la cara, no la recojo más, nunca más, es definitivo. ¿Qué digo? Sí, etcétera. Hablo solo de la honestidad».

Un traspie la detuvo, no solo su cuerpo sino también su mente se detuvo, fue un traspie total. Poco después continuó.

«Debo canjear las jeringas en una ciudad del interior, donde soy totalmente ignorada. Es importante aclarar algo con toda esta lluvia. ¿Cómo?! No puede ser. No me lo creo. ¿Otra vez llueve?!». Comprendió que la acera no reflejaba las luces de neón por simple solidaridad con su ordinario caso, que la vida estaba ocurriendo en ese instante con una tremenda carga de nostalgia, y que en esa nostalgia y en todo apéndice de la nostalgia el almuerzo del hospital obtenía ya la mayoría absoluta. Tras un breve reconocimiento de la nueva circunstancia la golpeó abruptamente toda su niñez y algo más, su vida se abrió ante sus pasos como un abismo o un expediente, se vio a sí misma durante los nerviosos allanamientos de la mano de su madre, ella saltando, quizás ella en plan de un juego con muñecas o con barcos de papel o con escondidos imaginarios, no su madre. Mujer neurótica y perturbadora, la madre solía tomar el control de sus travesuras con las mentiras de siempre, contadas al oído en tono de jadeo existencial que oscilaba entre lo necio y lo talentoso. Podía sentir aún sus palabras. En realidad eran muy ricos, ¡excesivamente!, esto los hacía mudarse una y otra vez, encontrar por lo común casas cerradas y desiertas –buena o mala suerte de los tiempos– con camas no tan empolvadas, no tan sucias, no tan ilegales y ya, nada más, el juicio continuaba *in absentia*, su madre detenía los susurros, aparecían varios archivos desocupados en su memoria, espacios sombríos como los espacios de un cine que proyecta la misma película, hasta que por fin su cuerpo respondía y los senos pujaban por elevarse, el único vello del pubis se rodeaba de madejas pestilentes y se podía decir a sí misma «menstruación, nena» mientras veía por primera vez la sangre en el blúmer, sin pendejadas, por cierto.

De vuelta a las avenidas después de la época de menos andar en la que hizo lo inverosímil para recibirse como enfermera, Griétsiya aportó veinticinco abriles a la soledad de la calle y descubrió, en lugar de la ciudad de su niñez, otra ciudad con una espantosa tragedia que se profundizaba. «Mierda», dijo. Una pequeña torre de plasta humana en la acera la trajo de regreso. Se limpió como fue posible. «Por culpa de la mierda», sostuvo y enseguida experimentó en el frío la manera

más aterradora de doblar una calle. El expediente de su vida se cerró entonces a sus pies y a su derecha quedó la misma rubia que dibujaba los mismos óvalos de aliento en el cristal de un cine en desuso. En un cartel atado burdamente a dos columnas de afinidades lejanas era posible adivinar el motivo de una función sin nadie. «*El ataque*», decía el trapo ilustrado. «¡Qué forma de vivir es esa!», pensó, aún ensimismada, mientras la primera tapa de aluminio venía rodando sutilmente hasta sus pies. «¿Para qué estará allí esa mujer si de todas maneras no vendrá nadie?». Como si hubiera escuchado este pensamiento, la del cristal cerró la taquilla y reapareció en la puerta del cine, al otro lado de la calle (era alta, rubia y parecía ligada al ambiente), en tanto un auto blanco hacía su recorrido por el sitio que aún podía reconocerse como la 19, entre la 51 y la 53, gastando para ello una fría marcha de funeral que acaparó la atención de ambas, como todos los autos que ambas, Griétsiya y la rubia, habían visto en la vida. Ambas, además, eran de aspecto esquelético. También ambas observaban las luces intermitentes de la cola del auto hasta que por fin desaparecieron en las brumas confusas de una estatua ecuestre. Ambas dieron continuidad a una mirada y ambas, por último, profundizaron manos en los bolsillos, desconfiaron una de la otra y se lanzaron a caminar a buen paso en direcciones opuestas.

«Es bella esa mujer del cine», pensó Griétsiya, «bella aunque me espere para informar sobre mí y solo entonces termine su día de trabajo (¿qué podría robar en un cine?); bella, aunque el hombre del auto blanco, a su vez, la vigile para comprobar que ejerce su función de vigilarme, de ahí que se interponga cada noche entre nosotras, como un ciclo de vigilar a quien vigila en honor de la vigilancia y hasta la próxima función. Necesito un descanso para comprender. ¿Cómo una mujer tan bella se adaptará a un juego tan tenebroso? Debo pensar al detalle, con cierta organización, claro. Mi cabeza no dispone lo que pienso, estoy pensando muy rápido en la rubia y en cualquier cosa y en mí misma y en otros factores que también inciden... ¿Cuánto cobrará por el trabajo? ¿Habrá logrado formar una familia? ¿Quién la espera al cerrar el casillero? ¿Irá directamente a casa de su jefe, a

brindar su informe? ¿O ella, tan rubia y tan alta, será mi conciencia? ¿Me estará persiguiendo mi conciencia? ¿Existirá semejante mujer? ¿Quién tiene la respuesta? ¿O quién tiene la pregunta? ¿O quién...? Me estoy volviendo loca. Este país me está volviendo loca. Camino con rapidez, dado el temor que siento en una calle desierta, pero pienso más rápido todavía. Últimamente todo es confuso, si por lo menos mis preguntas y mis respuestas llegaran a quererse. O si hubiera algo amistoso por ahí».

Se detuvo. Creyó sentir la tapa de un tacho de basura rodando en busca de sus tobillos. Ahora estaba más consciente y habría pensado en una posibilidad real primero y después en un perro, pero hacía mucho que no los había. La gente engordó con ellos durante los peores años de la era faraónica. Ya era imposible ver alguno, casi un suceso que jugueteara en su dirección desde la inmensa valla y más sorprendente aún que viniera rodando, era casi metafísico que un perro pudiera circular asumiendo los tonos de gris de la avenida y a velocidad semejante, encima con tanta precisión y tan pésima conducta. La tapa de metal, por último, pintó dubitaciones a sus pies y se detuvo antes de que ella fuera consciente de su existencia. Una ráfaga de viento frío la penetró por el pecho, como si cortara. Las hojas que cubrían a esa altura la mayor parte de la avenida se revolvieron contra los árboles. Contrario a su táctica desde la salida del hospital, no sintió la necesidad de proseguir. Pensaba en la tapa del latón, movía la cabeza, volvía a pensar hasta abandonarse al aspecto de una sombra inane cuando el primer y segundo espasmos la recorrieron a contracorriente.

«¿Qué puede significar todo esto? Una tapa, un tacho, el asfalto, mis tobillos», pensó, pero, a decir verdad, no estaba preparada para asumir esa clase de alusiones después de la jornada del miércoles y mucho menos detenida, sola. La lluvia, en cambio, se hizo oblicua, y ella continuó parada un rato más a pesar de todo. El terror la enloquecía. Su lucidez no avanzó a escalones superiores, por supuesto, hasta que la lluvia volvió a su estado natural de intermitencias, como si su mente estuviese influida todo el tiempo por un hermano mayor, duro y asmático. Practicó un giro y desentrañó lentamente la figura

inmóvil en el cono de sombras de la próxima esquina. Un hombre casi terrible y casi desnudo la espiaba con el cuerpo rígido, un tanto echado atrás, como si se preparase para el despegue. La lluvia se hizo intensa, cierto, y entonces sí, Griétsiya echó a correr a cualquier sitio de la ciudad como una liebre provocada.

Las esquinas fluctuaron ante sus ojos una y otra vez, pero ella prefirió la intemperie oscilante que agazaparse en una de las casonas en ruina. Comprendía que el espacio cerrado iba a funcionar como una ratonera durante la persecución. No es que hubiese protagonizado historias similares, básicamente tenía pocas historias que contar, pero sus dos amigas enfermeras le habían hecho definir alternativas con relatos espeluznantes sobre el acoso. Las casas no, eso por último, mejor era esperar la suerte, la buena o mala suerte que había llevado a un cazador a unir coordenadas con ella. ¿Esperar acaso la asistencia casi nunca posible de un policía? Recordaba un policía en las proximidades del edificio público que ya había olvidado, solo aparecía un hombre en su recuerdo, un tanto huraño y nervioso en el vacío como si esperara un golpe mortal por la espalda. Gendarme triste y lleno del recelo consuetudinario, que subía o bajaba la cabeza o destacaba en el curso de cualquier otro gesto veloz. Ya después nunca más. El recuerdo del hombre vestido de azul se le comenzaba a disolver delante, solo que ahora necesitaba su permanencia casi física, no precisamente su disolución, deseaba una entidad de sostén para atravesar juntos los patios de un reparto residencial y desierto, paradoja, en verdad, de tales épocas.

La niebla que se llevó de su mente al policía opaco se llevó también otros recuerdos y la hizo derivar en algunos brincos inconscientes de aceptable destreza, pero no impidió sin embargo un traspie contra una de las vallas. Los soportes soltaron óxido apenas encontraron su cuerpo de enfermera en el aire y el conjunto se vino al piso con estrépito. El desplome la aturdió durante algunos segundos. Mezclada con la herrumbre, atravesado su uniforme por dibujos de diagonales terrosas, comprendió que no debía permitirse la paz quejumbrosa de los hierbazales. A sus espaldas, el ruido de otras vallas en caída

anunciaba la proximidad agresiva del cazador. Se levantó, si fuera posible, a instancias del pánico. La pared de enfrente le cobró no haberla visto y volvió a caer sobre el colchón de hierbas e insectos. La lluvia amainó. Los insectos desquiciaron. Justo entonces se produjo el salto del cazador sobre ella.

La cabeza desnuda le dio en pleno estómago y le extrajo tanto aire que se sintió inutilizada para escapar. En la oscuridad ambos se debatieron en una ciencia de enrosques consecutivos hasta que se presentó en las manos de Griétsiya, mujer dúctil, el tubo a medio partir de la armazón de la valla, tras lo cual sintió un golpe, la temperatura tibia de un derramamiento y otros asuntos que tuvieron que ver con la cabeza rapada del cazador. La sangre, en especial la sangre, brotó en dos direcciones para teñir el uniforme de Griétsiya y la pared, agolpar así manchas tan visibles en la oscuridad que la muchacha de veinticinco abril se convenció de lo innecesario de otro golpe por el momento, más bien se deshizo del cuerpo sobre ella y lo destinó al patio y a la noche. Mejor todavía, se incorporó de una vez en medio de una sonata de mosquitos y se propuso firmemente llegar hasta su propio agujero. Sin embargo, echó a correr hacia cualquier parte justo cuando el hombre comenzaba a revivir movimientos en la pequeña atmósfera de sangre, sudor y pestes.

Al abandonar el patio se detuvo en otro mayor que conservaba todavía una casita de mascotas. «Perro», leyó en la entrada como respuesta mental al rayo de luna que se filtró entre los árboles. Luego aparecieron dos casonas de tejas hermanadas por una arquitectura imitativa, tres pisos visibles gracias a derrumbes que abrían una arista en rayo de Zeus desde la buhardilla hasta el sótano. La luna, imposible de comprender en medio del discurso descabellado de la noche, extendió su brillo largamente a la lejanía de tenebrosas gasolineras y embajadas yermas. Las sombras giraron con brusquedad como inclinadas por una palanca y los contenes que estimulaban en Griétsiya un distante pensamiento civil se aplastaron al pavimento. En el próximo patio no sufrió para reconocer una mecedora de niños en plan de dormir una brisa suave. A su derecha, los ruidos de la propiedad principal de esa

calle hacían suponer elementos en picada: pilares, doveles, cornisas, el balcón entero, el ritmo tal vez de la época repetido en medio de la estampida. Luego, una mansión diferente no perdía un solo motivo de luna en los cristales partidos de la segunda planta; detrás, una casa de madera, otra de estilo liliputiense y otra abusada por los tragaluces. Creía cambiar de opinión al bordearlas todas, dudaba si era adecuado meterse en una al saltar las cercas de piedra que las dividían, pero volvieron a sobrevenirle los recuerdos rotundos de la conversación con sus tres amigas enfermeras.

«¿Será ya de madrugada?», se preguntó antes de que sus pies se introdujeran por accidente entre los hierros de un depósito y antes de que su cuerpo se fuera de bruces contra el chasis de un auto antiquísimo. Cayó directamente en el asiento trasero y, al volver en sí, descubrió que le miraba los ojos a una rata. Ambas, la rata y Griétsiya, sin dejar de mirarse, soltaron un chillido equivalente. Ambas también se retiraron a puntos distantes y ambas, en fin, se lanzaron a temblar. «Horrible», alcanzó a suponer Griétsiya cuando pudo revivir su razón. Ya el uniforme —no podía decirse blanco— reunía sangre, tierra, baba y cientos de insectos incrustados como un yacimiento de fósiles. Había perdido el diseño y lo que antes la ciñera ahora le colgaba. «Horrible tremendamente», se dijo a sí misma y más tarde aprendió a decir «horribilísimo» con una mueca sostenida y desconfiada, irreconocible, nada más palpase sin prendedores, estilográficas o cofias.

Un silbido varios patios atrás la hizo incorporarse y comenzar otra vez una carrera sin orden que la introdujo con premura en el interior de un inmueble. Las ratas tumbaban polvo del techo en su cabalgata ensordecedora sobre las vigas. Supuso con cierta lentitud que se estaba alejando de los lugares «más seguros». Miró hacia atrás y no encontró en la penumbra la puerta por la que había entrado fortuitamente. Tropezó varias veces con estantes podridos y sillas que casi se desvanecieron al roce. Era una sola planta de puntal alto, con ventanas batientes que le hubieran dado un agradable aspecto en otra época, rejas de seguridad actualmente inseguras y dos peldaños interiores que solucionaban el desnivel del sitio. Se hallaba en una especie de

comedor con acceso a las habitaciones y la cocina, todo eso espacioso y espectral. «Lo óptimo», calculó, «sería orientarse hacia la sala; de ahí, la puerta; de ahí, la calle; de ahí, la culminación de la pesadilla». Supuso el camino entre los objetos y casi al llegar al picaporte una rata le cayó encima desde los andamios. Chilló un poco más esta vez. Los manotazos para desprenderla consumieron fuerzas y nervios y aun así la rata no se separó, parecía aferrarse a su pelo como si hubiese descubierto el único objeto flotante del naufragio. Y así estuvo Griétsiya, como si fuera lo único flotante del naufragio, dando vueltas con los brazos en cruz hasta que se le ocurrió meterle la cabeza a las paredes, pero no alcanzó a tanto, antes le llegaría el hedor a cadáver de su yo profundo, muerto a esas alturas de la noche o la madrugada, no sabría decir, y esto la descompuso más en movimientos de histeria que después de lanzar la rata contra la pared no se detuvieron.

Solo el cansancio pudo paralizarla, traerla en sí, ofenderla con la quietud inquieta de estar echada siendo perseguida. Estuvo inmóvil durante tanto tiempo como no pudo definir, con la mirada disipada y sin pretensiones, la mandíbula floja, el aliento dosificado por la frialdad y la dispersión. Ni siquiera se detuvo en los bichos que continuaban deambulando por sus alrededores; no miró de soslayo el holocausto del polvo sobre las cucarachas ni las cadenas de hormigas que marcaban rutas invisibles de feromonas. Solo una luz al otro lado fue competente para devolverla al lugar donde el terror y ella, donde la casa y ella, donde la seguridad nunca había elevado su cetro. Una luz que, de ventana en ventana, se afanaba en el rastreo. Una luz que devolvía el propósito a las piezas o les cambiaba las dimensiones, porque lo que antes fuera a sus ojos una pequeña mesa de familia ahora adquiriría el tamaño real de una mesa de banquete y los bichos se escurrían de su superficie como si regresaran en el tiempo y además se mostraba por sectores la imagen brillante de todos los volúmenes desde la foto en la pared hasta un sitio unos centímetros antes de su cuerpo, donde la luz, oh, se detenía. Griétsiya entonces, asida aún más a la idea del terror que se había hecho por culpa de las historias de las enfermeras y presa del terror que había experimentado personalmente, no pudo

evitar un vistazo sobre sí misma mientras el haz seguía barriendo la habitación con una inconstancia embaucadora.

Su cuerpo se había doblado por la cintura y sus nalgas se aplastaban contra el piso, brazos y piernas habían sido abandonados en derredor, se distribuían largamente sin intención de agitarse. Pensó en los efectos de la cacería, se dijo que ese era aún su cuerpo uniformado y que podía alzar la vista y reconocer el sitio antes de mover un solo músculo para defenderse de nuevo. A unos pasos de su pie estático se alzaba una mesa cubierta con un viejo mantel carcomido por ratones. Las mordeduras escalaban la tela nerviosamente y se perdían en un paisaje de soperos cuarteados, cubertería irónica en ligera rotación provocada por los bichos, porcelanas vulgares servidas con algunas cucarachas exangües. En la pared colgaba además una foto de familia. En ella dos ancianos de muy baja estatura se mantenían en pie, sus brazos no terminaban nunca de rodear los hombros de una mujer y dos niños se paralizaban agachados al centro. En la pared de fondo un cartel atraía invitados a la celebración, sus palabras eran tradicionales y legítimas, las recordaba muy tenuemente en su propio pasado, pero también las veía asomarse a su presente en un ping-pong de imágenes.

¿Qué fuerza había arrancado a la familia justo en el instante de la celebración? No había signos de violencia, los únicos signos que se identificaban en el interior eran los del tiempo, pero esto no descartaba detenciones o asaltos, ni sugería siquiera el abandono pacífico del comedor. Cualquier cosa que hubiese sucedido, hubo de producirse entre las cinco de la tarde y las nueve de la noche, antiguo horario de ceremonias familiares. ¿Epidemia? No recordaba ninguna en la ciudad. Las mayores posibilidades seguían apuntando hacia la noche y el colmo de lo imprevisto. Sí, quizás una noticia, una decisión. El desespero de la luz desde fuera no la dejó continuar. Seguía en el mismo mundo y desde la misma intemperie se le buscaba con toda la impaciencia posible, sus gritos histéricos, sobre todo, habían atraído la atención sobre ella.

¿Qué hubieran hecho sus amigas ahora? Recordó la idea original de que cualquier casa funcionaría como una gran ratonera bajo tales

condiciones. Supuso que no debía temer ya a las ratas porque se estaba convirtiendo en una, su condición se había vuelto otra por tan solo un hombre con una luz al siguiente lado. En trance de analizar que la sorpresa ayudaría, continuó agazapada mientras la luminaria se iba desesperando aún más en el exterior. Estuvo quieta durante algunos minutos, con las rodillas pegadas una a la otra, sin parpadear, sola contra su yo profundo resucitado, como si convenciera con sigilo a su cuerpo de seguir esperando el instante que seguramente llegaría. Solo que, pasado un tiempo, la espera comenzó a empobrecerla. La llegó a trocar en una criatura tan miserable que no le dejó nada más para compartir que otra vez la espera, la quietud del tiempo pendular que era definido por la luz de una ventana a otra.

Y allí, las ratas.

Y allí, además, el polvo, los deseos de estornudar en la casa de una familia que nunca llegó a concluir la celebración más corriente.

Y allí también, la sorpresa.

La luz y su portador se alejaron hacia la entrada de atrás. Griétsiya se emocionó, su cuerpo temblaba al estirarse y al abrir despacio la puerta. La hoja giró adormecida, pero los goznes dieron la voz de alarma. En una milésima de segundo volvió a comprender que sus piernas debían preservar su condición a toda velocidad. Al instante, se repuso. Evolucionó al movimiento. El terror en ella incrementaba su concepto vertiginosamente.

Si antes pensó que sería tarde, ahora pensaba que sería más bien temprano. El olor de la madrugada colocaba otro perfume en la hierba y el horizonte de techos se fue haciendo cuadra a cuadra menos suntuoso. Las casas se iban estrechando y uniendo entre sí hasta no dejar espacio para la huida. En algunos lugares tuvo que bordear manzanas enormes o atravesar a duras penas pasillos tortuosos con el temor de perderse. Estas circunstancias no la abandonaron durante un par de horas. Después la perspectiva comenzó a cambiar: la esperanza de no ser ya una perseguida, sino una extraviada, le dio inexplicablemente una vuelta de felicidad en la cabeza como un turbante y se le amarró allí sin dolor.

Vino a salir de sí misma en la medida en que su cuerpo salía indemne por entre escombros y recovecos, puertas manchadas, caños que daban a una plaza central donde persistían algunas mesas de hierro a formato típico y juegos de ajedrez. Griétsiya se preguntó las circunstancias que propiciaron el abandono repentino de aquellas mesas, pero otra vez quedó sin respuestas en un lugar quizás más peligroso.

La soledad volvió a aterrarla, lo cual le pareció hasta cierto punto estúpido, pues había nacido por accidente en una habitación de dueños ignorados, a solas con su madre; se había criado con las marionetas que encontraba en las casas no habitadas y tan solo había tenido sexo en una ocasión. ¿Cómo sostener entonces su temor a la soledad? ¿Se estaba volviendo estúpida o era nuevamente la histeria? Quizás no. Quizás fuera el temor de estar pisando tierra triste, o el desconsuelo de haber imaginado las vidas que se habían vivido allí, entre ritmos, palabrotas y jodienda. ¿Qué los habría hecho escapar tan desafortunadamente, aplazando incluso el final de los juegos? Sintió tantas ganas de compadecerse a nombre de los que ya no estaban, que se compadeció de sí misma por defecto. Reconociendo con dificultad el lugar, la luna reapareció para mostrarle sábanas agujereadas tendidas en cordeles que iban de un balcón a otro. «Allí hubo un niño», se dijo, y, mirando en torno con mayor detenimiento, encontró que la misma escena se repetía en todos los pisos hasta el último. «¿Por qué tantas sábanas?», se detuvo, «¿a razón de qué tantos niños?».

Al otro lado de los edificios descubrió que la ciudad envejecía sin que desaparecieran los espacios claustrofóbicos. Bajo sus pies comenzó el empedrado menos acorde con su condición de perseguida, aunque tal vez esta condición ya no tuviera vigencia. No le quedaba posibilidad alguna diferente a caminar hasta el amanecer, momento propicio para definir su rumbo hacia los rascacielos –cuyas cumbres se habían borrado de un plumazo–, o hacia el muro de la bahía.

Casi convencida de sus posibilidades de salvación, se animó a husmear dentro de los edificios y escogió el menos tenebroso. Los peldaños le hicieron compañía hasta lo último y tres pasillos surgie-

ron en distintas direcciones. Hubo un periodo de increíble tanteo, como si fuese ciega o nadara en un útero gigante, y luego aparecieron marcos sin puertas, colchones sin camas, vasijas sin estantes, fotos sin cuadros. La rareza persistió en torno a ella y explotó cuando tuvo el descuido de abrir una ventana para que la luna aclarase los detalles. Superada hermosamente la oscuridad más obtusa de interiores, comprobó la falta de objetos de madera en derredor. Ni mesas ni estantes ni andamios de madera. Platos y colchones dormían en el piso. Por si fuera poco, encontró una silla de metal en un tugurio vacío. Sobre la silla esperaba un lazo de ahorcado. «¿Suicidio? ¿Linchamiento?», preguntó a la sogá con una voz estúpida. Sintió la humedad en su respiración y pensó brevemente en el musgo. «¿Acaso habrás linchado, sogá?», recompuso con miradas alternativas a la sogá, la habitación y el pasillo. «No, de ningún modo. Si hubieras linchado a alguien, si hubieras tenido la osadía de linchar a una criatura, sus huesos estarían ahora dispersos en el piso, a mis pies, en el presente de este momento. Algo ocurrió, por demás, con la madera. Nada aquí me habla de la furia. Todo tiene el perfecto orden que produce otro monstruo, el abandono. Solo persisten la silla, las paredes, la sogá, etcétera. Esta escena pertenece a un suicida. Ningún otro puede llegar a una habitación con una silla a rastras, sin apartar la vista del techo. Aquí, sogá, ha estado un suicida, ¿verdad? Estoy parada, obviamente, en el sitio del arrepentimiento. Casi lo veo venir con su silla a cuestas. Casi. Lo veo atarte al tejado, sogá, y dejarte allí durante un tiempo, sin quitarte la vista de encima, como si fueras en verdad su destino. Estoy próxima a imaginar la última tregua, el instante de maldecir la vida antes de proceder al cuello roto. Justo en ese momento debió de producirse el milagro. ¿Alguien entra y lo mete en razón? No, sogá, así tampoco. Me inclino a pensar que una noticia lo hace descender del podio. Se arrancan las puertas, se arrastran las mesas y las sillas de madera en honor a cierto propósito sin descubrir, y quedan presentes, huérfanas, ustedes dos, silla y sogá, mis primeras y únicas testigos... Pero hay una pregunta más sugestiva, algo que tal vez no me responderá nadie, ni siquiera los

peldaños, las sombras o la humedad. ¿Qué noticia puede hacer que un suicida descienda?».

Su cerebro volvía a funcionar acelerada, alocadamente. A su modo de ver, el país le estaba dejando secuelas día tras día. Era una explicación sencilla luego de analizar con juicio crítico su propia cháchara frente a la horca. Había dicho lo que salía de su corazón victorioso después de convencerse a sí misma de sobrevivir a la persecución. No había escatimado la luna a través de dos ventanas ni el uso de cierta lógica en la seria diatriba ambivalente, pero aun así el monólogo se detuvo. Su cabeza cayó entre los hombros y se fue a las escaleras como si levitara hasta que se vio a mala hora en la misma calle.

La intemperie le pareció tan nauseabunda como antes. A lo lejos algo maulló. La neblina constituía a tales horas el único presagio del amanecer. Quiso atravesar la masa vaporosa sin rumbo fijo cuando notó que le faltaba el tacón derecho. A la deriva, golpeando con sus zapatos de enfermera en la piedra de la calle, comprendió que el sonido no era de ningún modo musical. Como una bailarina coja que cae en la cuenta a media función, se aferró a su estilo para proseguir hasta la próxima esquina, donde un banco también cojo se inclinaba. Allí decidiría quedarse descalza o no. Pronto se vio con los zapatos al cuello, la mente obtusa, el uniforme hecho tiras ya, y además tiras sucias, en una extraña forma de autoexamen.

Sintió, casi al límite de las lágrimas, en una secuencia de instintos que se pusieron en práctica de repente, el repiqueteo de unos pasos en el adoquín. Pensándolo mejor, los había escuchado superponerse a los suyos desde antes, quizás desde su salida del edificio, pero había estado terriblemente pensativa y luego terriblemente desconectada. Solo a la hora de estar descalza se pudo definir mejor el tono de los pasos a lo lejos, un golpeteo rítmico que, en caso de prestarle atención como debía, se acercaba en intensidad al grito, en poco tiempo, al barullo cadencioso. Fue más rápido aún, pronto la ensordecía. Sería mejor esperar escondida, aunque, ¿la cuestión de la bruma era realmente piadosa? ¿El asunto de los recovecos podría salvarla? ¿Y los pasillos? ¿Los callejones? ¿Los laberintos que tales barrios tejían en

la medida en que uno se adentraba en ellos? Si lo pensaba bien, su talento para esconderse en la oscuridad no había sido aprovechado al máximo. Quizás había sido sorprendida en la persecución, quizás era un cuerpo-encrucijada de la noche, del cansancio, la soledad o la lluvia. Era necesario decidir pronto una estrategia porque parecía ya un tropel lo que antes unos pasos. La cercanía fue adaptando sus miembros a las posibilidades de la fuga recomenzada, sobre todo por la luz que iba llegando en unión a las escandalosas señales. «Esa luz que he visto», pensó Griétsiya, pero ni así los rayos iridiscentes dejaron de mutilar el cuerpo de la neblina en decenas de velos suspendidos como alfombras mágicas. Tal y como lo veía, la luz, semejante a las pisadas, fue engordando en su mente al apoderarse en la penumbra de cualidades mayores y de inmediato dejó de parecer un simple tono en la oscuridad para convertirse en un fuego, un sol en inclinación caótica sobre los frontispicios de las fachadas antiguas, iluminando a ratos el empedrado y a ratos los muros y a ratos los derrumbes, el filo de los capiteles y la verticalidad de todas las columnas que Griétsiya divisaba por primera vez en su vida. Y detrás de todo eso un hombre que, por la manera de acercarse y desgarrar, no podía ser otro que un cazador.

El suyo.